

Éloi Leclerc

Sabiduría de un pobre



EN
CUEN
TRO



100XUNO



NUEVA EDICIÓN

Sabiduría de un pobre



100XUNO

Éloi Leclerc

Sabiduría de un pobre

Prólogo de Mons. Jesús Sanz Montes



Título original: *Sagesse d'un pauvre*

© Edición original francesa: Desclée de Brouwer, 1991.

Para esta edición © Desclée de Brouwer, 2007

© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2018

Traducción: Ana María Fraga y María José Martí

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

100XUNO, n° 40

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Estugras-Madrid

ISBN digital: 978-84-9055-726-6

ISBN: 978-84-9055-943-7

Depósito Legal: M-27915-2018

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

C/ Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

A MIS QUERIDOS PADRES

«Dios espera donde están las raíces».
Rainer M.^a Rilke

ÍNDICE

Prólogo a la edición española.....	9
Prefacio.....	23
I. Cuando ya no hay paz.....	27
II. Solo en la noche.....	35
III. La última estrella.....	41
IV. El gemido de un pobre.....	45
V. Cada vez más tinieblas.....	51
VI. ¿Empieza a clarear el alba?.....	57
VII. Una alondra canta sobre los arados	67
VIII. Si supiéramos adorar	75
IX. No hay que despreciar nada	83
X. No se puede impedir al sol que brille.....	89
XI. Más pobre que el leño muerto.....	101
XII. Más lleno de sol que el verano	107

Prólogo a la edición española
DE LA POBREZA DE UN SANTO,
A LA SABIDURÍA DE UN POBRE

✠ *Fr. Jesús Sanz Montes, ofm*
Arzobispo de Oviedo

Podemos decir que Dios ha querido hacernos partícipes de su secreto cuando nos permite asomarnos al universo mundo desde su mirada, cuando nos deja intuir lo que significa amarlo desde los latidos de su propio Corazón. Es la sabiduría que nos hace sabios, no la que nos hace doctos ensoberbecidos. Tanto es así, que el mismo Jesús, en una de las pocas oraciones al Padre que nos rescatan los evangelistas, hace alusión a esta sabiduría del todo especial: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los doctos y a los entendidos, y las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien»¹. El secreto del Padre Dios, que se revela a la gente sencilla. Esta es la nueva sabiduría que nos hace depositarios del secreto de Dios, ese que Él sólo desvela a los pobres de corazón. No es la sabiduría un especial atributo de gente especialmente dotada para los arcanos, sino un don que Dios nos regala, un fruto de su Espíritu, que nos permite acceder al secreto del Señor que sólo los sencillos pueden entender. Uno de ellos fue San Francisco de Asís. De su especial sabiduría nos habla este delicioso relato que hace las cuentas con lo que las fuentes históricas franciscanas nos han dejado, aunque se permite

¹ Lc 10,21. Cf. Mt 11,25.

una bella recreación literaria en algunos pasajes y diálogos. Vale la pena meterse en esta lección de Evangelio.

1. Sabiduría de un pobre: la noche de San Francisco

El libro de *Sabiduría de un pobre* no es una novela al uso. Sin duda que tiene las habituales licencias de un escritor de buena pluma. Pero hay en la narración un trasfondo histórico que viene a contar el verdadero peso sabio de aquel pobre que fue Francisco de Asís. Como ha sucedido en no pocos santos, también el *Poverello* experimentó la noche espiritual en su camino de seguimiento de Jesucristo. Y esta es la trama que el padre Éloi Leclerc, franciscano, trae a colación en su relato. No es algo de lo que estén exentos los muchos santos que en el mundo han sido. Tampoco es una penalización por parte de Dios ni una purificación destructora en la que Él se ensañase con quien más de cerca y más fielmente le han seguido.

Es una prueba, sin duda, pero en el sentido de la palabra *crisis* en su etimología clásica griega: algo que permite seguir creciendo, quizás algo que permite madurar de modo pleno. Y esta maduración se asemeja al crisol en el que el oro de alto quilate se purifica de las impurezas que lo afeaban. En el caso de San Francisco, estamos ante la noche oscura que tiene que ver con su paternidad espiritual: una Orden que Dios hizo nacer de su entrega fecunda y que, sin embargo, amenazaba ruina por tantas divisiones internas, en cuyas luchas intestinas aparecía un rechazo o desprecio de la sencillez, simplicidad, sabiduría que el Hermano Francisco había ido aprendiendo en la literalidad del Evangelio y en la compañía de la Iglesia.

Que se le fuera de las manos aquella inmensa y plural fraternidad, era algo que le aterraba al fundador. Quizás quedaba manifiesto su límite a la hora de organizar la Orden con unos parámetros de armonía fraterna, formación teológica, espiritualidad concreta

y disciplina comunitaria. Había crecido demasiado aquella Orden, y el desbordamiento le superaba. Tendremos que esperar a San Buenaventura, años más tarde, para que la memoria del padre fundador se hiciera sin estridencias, sin ambiciones de ningún signo, en una verdadera síntesis que salvaría para la Iglesia aquella incipiente Orden de San Francisco.

En medio de aquella noche oscura, Dios pone a Francisco una estrella hermana junto a él. No viene a eclipsarle, ni a abrumarle, ni a suplirle. Sencillamente viene a compartir sin pretensión ninguna, la luz clara para que sea luminaria compartida. Esa estrella fue Clara de Asís. Al igual que hubo un hombre y una mujer en el jardín primero, en aquel valle de Spoleto en la campiña de Asís, también hubo otro hombre y otra mujer: Francisco y Clara. Tantos otros después se han adentrado en el jardín de siempre. Pero me viene a la mente el ejemplo de estos dos cristianos particularmente sensibles a la causa jardinera, que acertaron a colocarse en él de un modo integral, sin distorsionar ninguno de los habitantes del mismo: sin esconderse de Dios, sin inculpar al hermano, sin dañar a los demás seres ni ser por ellos dañados. Sí, esta singular pareja del solar humano se llamaban Francisco y Clara de Asís cuya leyenda habría que descubrir, como dijo Juan Pablo II en su primer viaje a Asís a los pocos días de su elección como Papa².

Ellos descubrieron en el jardín de la vida lo que significa amar a Dios sin hacerlo contra el hombre; lo que quiere decir amar al otro exclusiva pero no excluyentemente; el porqué los seres todos son hermanos. Vale la pena recordar el memorable

² Cf. Juan Pablo II, «Discorso alle clarisse d'Assisi», *L'Osservatore Romano* 59 (14-3-82) 5. Tres breves comentarios: J. Schneider, «Die 'göttliche Legende' Franziskus und Klara», *Tyrolia Franciscana* 199 (1994) 7-12; Th. Jansen, «Scoprire Francesco e Chiara d'Assisi. Giovanni Paolo II interprete del carisma francescano», *Forma Sorum* 5 (1997) 322-328; J. Sanz Montes, «Significado de la 'amistad espiritual' (para un discernimiento de 'leyenda humano-divina' de Clara y Francisco)», en Id., «Illum totaliter diligas» (3 EpAg 15). *La simbología esponsal como clave hermenéutica del carisma de Santa Clara de Asís*. (Pontificia Università Antonianum. Roma 2000) 321-328.

diálogo entre ambos en un célebre jardín que fue una de las cunas inspiradoras del conocido *Cántico de las criaturas* de San Francisco. Con el bello estilo de la pluma de Éloi Leclerc, recuperamos una paráfrasis de nuestra santa pareja en la que dialogan en aquel jardín sobre la ambigüedad de un campo en el que cohabitan trigos y cizañas, y cuál sería la actitud justa de quien vive dentro de él: ¿el maniqueísmo intolerante de quien censura al contrario o la sabia paciencia de quien tiene la fuerza de esperar y discernir? Es una lúcida reflexión que nos acerca a la actitud genuinamente humana y cristiana en el variopinto jardín de la vida de cada día, adentrándose en el tiempo de Dios, en el del hombre y en el de las cosas:

«—Tú sabes que el Señor dice en el Evangelio: ‘El reino de los cielos es como un hombre que ha sembrado buena simiente en su campo’, pero también la cizaña. Y los criados van a preguntar al amo si no tienen que dedicarse a arrancar a toda prisa la cizaña. ‘No hagáis nada —les respondió—, hay peligro de arrancarlo todo: el trigo con la cizaña. Dejadlos, pues, crecer juntos hasta la siega’.

—Dios no participa de nuestros miedos ni de nuestro orgullo ni de nuestra impaciencia. Sabe esperar como sólo Él sabe esperar. Como sólo un Padre infinitamente bueno sabe esperar. Es longánimo, misericordioso. Espera siempre. Hasta el fin. No le importa mucho que en su campo se amontonen las basuras, aunque esto no sea agradable a la vista, a fin de cuentas, recoge mucho más trigo que cizaña...

—Hay un tiempo para todos los seres. Pero ese tiempo no es el mismo para todos. El tiempo de las cosas no es el de los animales. Y el de los animales no es el de los hombres. Y sobre todo y diferente a todo, está el tiempo de Dios que encierra todos los otros y los sobrepasa. El corazón de Dios no late al mismo ritmo que el nuestro. Tiene su movimiento